

Florambel de Lucea

(PARTE II, LIBROS IV-V)



UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

✠ 2023 ✠

FLORAMBEL DE LUCEA
(PARTE II, LIBROS IV-V)

LOS LIBROS DE ROCINANTE

43

Directores

CARLOS ALVAR

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS

Comité Científico Internacional

ANNA BOGNOLO

(Università di Verona, Italia)

KARLA XIOMARA LUNA MARISCAL

(El Colegio de México, México)

MARÍA CARMEN MARÍN PINA

(Universidad de Zaragoza)

JOSÉ JULIO MARTÍN ROMERO

(Universidad de Jaén)

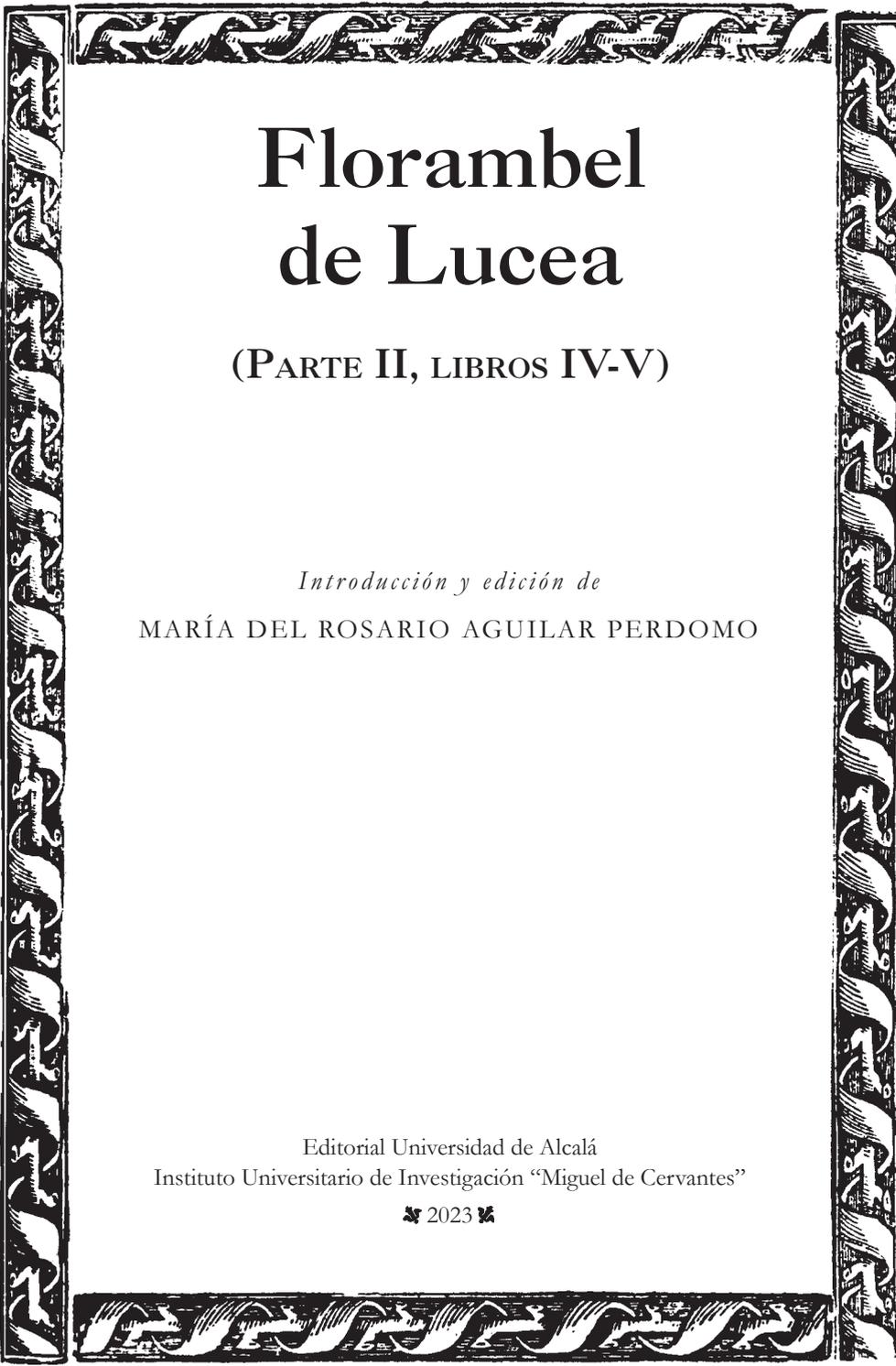
JOSÉ CARLOS RIBEIRO MIRANDA

(Universidade do Porto, Portugal)

JOSÉ RAMÓN TRUJILLO MARTÍNEZ

(Universidad Autónoma de Madrid)

La colección «Libros de Rocinante» se rige por un proceso de evaluación y revisión anónima realizada por dos especialistas de prestigio en el área (*peer-review*), uno de los cuales pertenece a su Comité Científico Internacional. Todas las ediciones críticas y los trabajos científicos publicados en la colección han superado esta revisión por pares y siguen los criterios de estilo y las normas éticas establecidas en su constitución.



Florambel de Lucea

(PARTE II, LIBROS IV-V)

Introducción y edición de

MARÍA DEL ROSARIO AGUILAR PERDOMO

Editorial Universidad de Alcalá
Instituto Universitario de Investigación “Miguel de Cervantes”

✻ 2023 ✻

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este volumen se inscribe entre las actividades del Instituto Universitario de Investigación en Estudios Medievales y del Siglo de Oro “Miguel de Cervantes” y su grupo de investigación GIEMSO.

© de esta *edición*: Editorial Universidad de Alcalá, 2023.
Plaza de San Diego, s/n.º • 28801, Alcalá de Henares (España) • Página web: www.uah.es

© de la *edición* y el *estudio introductorio*: María del Rosario Aguilar Perdomo

Cubierta: Florambel de Lucea, 1548

© Biblioteca Nacional de España, R/34803

Diseño de la colección: Elisa BORSARI y Emilio TORNÉ

I.

ISBN: 978-8419745-87-3

Impresión y encuadernación: Innovación y Cualificación, S. L. - Podiprint
Impreso en España

INTRODUCCIÓN*

Nuevas noticias sobre Francisco de Enciso Zárate

En el *Diálogo de verdades*, conservado manuscrito y atribuido recientemente a Francisco de Enciso Zárate (Fernández Ortega 2008)¹ el personaje de Osorio, nombre tras el que se oculta su autor, le señala a Mendoza, su interlocutor²:

Oso. – [...] el galán dijo que leía en un libro de caballerías muy bueno, y el otro le preguntó que cómo se llamaba, y él dijo que *Don Florambel de Lucea*, que es aquel libro que hizo el mayor servidor que vuestra merced tiene.

Mend. – Por cierto, señor mío.

Oso. – Pues como aquel amigo mío oyó y entendió el nombre del libro dijo: «Pues yo conozco al que hizo ese libro, que es un criado del marqués de Astorga, muy conocido y amigo mío» (Enciso 2012: 119).

Se trata tanto de un fragmento como de una noticia verdaderamente preciosos, porque, por una parte, los datos deslizados en el diálogo permiten configurar mejor, y con más certeza, el perfil biográfico del autor, y, por otra, porque corroboran —por su propia mano— su autoría del

* El estudio introductorio a esta edición se ha preparado en el marco del proyecto de investigación «Lujo y refinamiento: cultura material en la caballería literaria española de la temprana Edad Moderna. Fase 3», que adelanto con apoyo de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Código Hermes 60724. Agradezco a Claudia Demattè, José Manuel Lucía Megías y Jesús Cáseda Teresa su ayuda en la consecución de materiales bibliográficos inaccesibles desde Bogotá.

¹ El manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de España con signatura MSS/17573. Dio noticia de su hallazgo en el fondo de manuscritos de dicha biblioteca, y su atribución a Enciso Zárate, Javier Fernández Ortega (2008), quien además publicó su edición en 2012. De acuerdo con el estudio introductorio, el diálogo debió ser escrito entre 1564 y 1568, pocos años antes de la muerte de Enciso (2012: 7). El manuscrito, que procede de la biblioteca de Pascual de Gayangos, fue atribuido por Pedro Roca a Pedro de Hermosilla en su *Catálogo de los manuscritos que pertenecieron a D. Pascual de Gayangos existentes hoy en la Biblioteca Nacional* (Roca 1904: 294).

² De acuerdo con Cáseda (2022) detrás de Mendoza se encontraría Pedro Núñez de Avendaño, jurisconsulto al servicio del IV duque del Infantado, Íñigo López de Mendoza y Pimentel. Como señala el título completo (*Diálogos de verdades, en el cual se introducen dos escuderos viejos que siendo mozos se criaron juntos y fueron compañeros en la corte; que el uno se llama Osorio y el otro Mendoza, los cuales, a cabo de mucho tiempo que no se vieron, se toparon yendo camino de Sevilla donde se conocieron. Y hablan de las cosas pasadas y presentes, muy particularmente reprobando los trajes y costumbres y vicios que agora se usan y loando lo bueno. Va repartido en seis coloquios*), el diálogo se desarrolla entre los dos escuderos que se han conocido años atrás gracias a sus labores cortesanas y que se encuentran camino de Sevilla —donde esperaban el barco proveniente del Perú en que viajaban el hermano de Enciso, Pedro, y el hijo de Núñez, Diego de Avendaño—, momento que aprovechan para rememorar su pasado y dar sus opiniones sobre diversos temas, entre ellos, las modas y los usos poéticos de la época.

Florambel. Los valiosísimos trabajos de archivo adelantados por Jesús Fernando Cáseda (2022) en la Real Chancillería de Valladolid y en el Archivo de Indias complementan, a su vez, las deducciones que pueden hacerse a partir de la lectura del diálogo y enriquecen la biografía de Enciso, de tal manera que contribuyen a esclarecer el contexto cultural y literario en el que desenvuelve este autor³. Francisco de Enciso Zárate debió de nacer en Logroño hacia principios del siglo XVI y murió en 1570 en Valladolid, ciudad donde al parecer estuvo sus últimos años. Conforme con ese rango de fechas, la vida de Enciso transcurrió durante el gobierno de Fernando el Católico, de quien recuerda en el diálogo su visita a Logroño en 1512⁴, y los reinados de Carlos V y Felipe II. Vivió, además, entre las ciudades de Logroño –a la que hace referencia a propósito del episodio de la epidemia de peste que la azotó en 1521–, Valladolid –a la que estuvo vinculado debido a sus labores como secretario del IV marqués de Astorga, don Pedro Álvarez de Osorio, y a otras actividades relacionadas con la Chancillería y la corte cuando estuvo instalada allí– y Sevilla, que nuestro autor debió conocer si se piensa, por una parte, en que fue justamente allí donde se publicó en 1548 la segunda edición de su *Florambel* y, por otra, en su alabanza de los edificios antiguos y la iglesia mayor de la ciudad que desliza en el *Diálogo de verdades* (2012: 235). Enciso era bachiller y tuvo una formación jurídica y financiera, necesaria para actuar como solicitador. En efecto, el autor del *Florambel* fue una suerte de agente de negocios del marqués de Astorga, un oficio al que se refiere en distintas oportunidades en el diálogo y que se corrobora en el inventario de sus bienes que se levantó a su muerte (Rojo Vega 1994)⁵. Don Pedro Álvarez Osorio no fue, sin embargo, su único señor, pues, como se deduce del diálogo, Enciso también estuvo al servicio de Luis de Beaumont, IV conde de Lerín.

Me interesa resaltar que el *Diálogo de verdades*, que se ocupa de reflexionar desde una postura de desencanto sobre el estado social de la época y de la corte y ofrece una mirada nostálgica de un pasado glorioso comparado con el presente en que se redacta (1564-1568), corrobora el contacto de Enciso con distintos miembros de la nobleza de su tiempo e, incluso, en alguna oportunidad con Carlos V⁶ y, por tanto, da cuenta de su conocimiento de la cultura cortesana, un aspecto que ya se nota en sus libros de caballerías. Como ya había hecho en el prólogo de la *Primera parte del Florambel*, en el que también destaca la valentía de un joven marqués de Astorga en «las guerras ceviles que en estos reinos ovo en el tiempo de las comunidades»⁷, nuestro autor hace una alabanza del comportamiento de su señor durante el viaje a Bolonia para la coronación de Carlos V puesta en boca de Mendoza:

³ La importancia de estos hallazgos se realiza cuando se recuerda que, en muchos casos, los datos sobre los autores de la caballería literaria son fragmentarios o, incluso, inexistentes. Para la reconstrucción de la biografía de Enciso he utilizado los datos aportados por Fernández Ortega (2008 y 2012) y Cáseda (2022) y el propio Enciso en *Diálogo de verdades*.

⁴ «Al tiempo que pasó el duque con su gente por una calle –que llaman la Rúa–, estaba el Católico Rey mirándolos desde una ventana, mostrando mucha alegría y contentamiento de ver la gente» (Enciso 2012: 123).

⁵ Cáseda (2002: 48) ha planteado la posibilidad de que la familia de Enciso haya sido de origen judío, pues su oficio de solicitador y los de otros de sus familiares, como la platería que practicó su hermano Miguel, usualmente eran ejercidos por los judeoconversos.

⁶ En efecto, señala Osorio: «Pues tornando a mi plática, digo que estonces me envió el marqués, mi amo, a Barcelona a tractar ciertos negocios con el Emperador nuestro señor» (Enciso 2012: 103).

⁷ «Y también el grande ánimo y determinación con que vuestra excelencia se ofreció a los grandes trabajos y peligros que en las dos jornadas que hizo en Italia passó, donde últimamente en las grandes fiestas que se hizieron en Bolonia en la coronación de nuestro César, con vuestra magnanimidad y grandeza tan aventuradamente os mostrastes y señalastes sobre todos los principales y grandes señores que en ellas se hallaron, que como por cosa de gran maravilla no se habla de otro en el mundo» (Enciso 2009: 5).

Cierto, de otra manera, lo solían hacer los señores de nuestro tiempo, y si no pregúntenlo al buen marqués, su amo de vuestra merced, y a lo que hizo y gastó en las jornadas que hizo con Sus Majestades, que en muchas de ella se halló, [en las] cuales anduvió y sirvió como quien era; especialmente en la de la coronación de nuestro César en Bolonia, donde ganó honra con todos los príncipes de la cristiandad que allí se hallaron, y la hizo ganar a nuestra nación; de tal manera que preguntaban los extranjeros que no le conocían muy en su seso viendo los gestos que hacía cuál era mayor señor y tenía más renta, el marqués de Astorga o el marqués de Mantua, teniendo el de Mantua más de cuatrocientos mil ducados de renta a lo que dicen y el de Astorga lo que vuestra merced sabe (Enciso 2012: 132).

Además de ensalzar la liberalidad y la magnificencia del IV marqués —aunque paradójicamente en otro apartado critique la ostentación y el lujo que se han apoderado de la corte— Enciso resalta una conducta que podría calificarse de nacionalista: vestirse a la española y hablar en castellano eran pues dos de los rasgos distintivos de Pedro Álvarez Osorio, junto con su defensa de España como nación:

Oso.—[...] A lo menos no se pudiera reprehender de esto al buen marqués de Astorga, mi amo, cuya ánima esté en la gloria [murió el 1 de noviembre de 1560], que con haber estado tres veces en Italia, no hay hombre que le oyese hablar acá palabra en italiano, ni vestirse sino a la española. Y con ser el más galán señor que ha habido en el mundo, nunca se quiso arrear de traje ni lenguaje extranjero, porque él se inventaba tantas galas, y de tan vistosas y honestas maneras, que venían a tomar lición de él todos los galanes de España, y aun de fuera de ella. Y era tan amigo de nuestra nación, que si viera que algún criado suyo hablaba alguna palabra en italiano, y que loaban las otras tierras más que España se enojaba, y lo reñía muy de veras. Sobre mí, que no le oyeran confesar que había provincia en el mundo mejor, ni aun tan buena como España, y a mi parecer tenía razón de responder por su tierra (Enciso 2012: 58).

La semblanza de don Pedro Álvarez Osorio propuesta por Enciso está acordé, así, con su propia postura nacionalista a ultranza y defensora del reinado de Carlos V, periodo que nuestro escritor, ya anciano, evoca con nostalgia como el mejor momento histórico de España⁸. Su admiración por la política del emperador se percibe, de hecho, en la figura protagónica de Florambel, quien desempeña un papel trascendental en distintas aventuras, principalmente bélicas, que, como apuntaré más adelante, recuerdan algunos acontecimientos históricos de la época y los triunfos imperiales. De otra parte, su *Diálogo de verdades* permite asimismo delinear mejor la cultura literaria del escritor, que se vislumbra ya en las herencias que se perciben en las dos partes de *Florambel* y en el *Platir*. De hecho, ambas obras revelan un conocimiento amplio de la literatura caballeresca, desde textos artúricos —como *La demanda del santo Grial* que menciona en el libro III del *Florambel*— de los que toma prestados motivos y personajes como Arturo y Morgana, pasando por los poemas caballerescos italianos como el *Orlando enamorado* y el *Orlando furioso*, presentes en el texto en el motivo del agua del desacuerdo —de hecho, el inventario de sus posesiones, hecho a la muerte de Enciso en 1570, revela que entre sus libros se encontraba

⁸De acuerdo con Fernández Ortega (2008: 5) «cualquier aspecto de dicha organización [social] es examinado críticamente y, casi siempre denostado en favor de las costumbres antiguas: la vestimenta, los usos lingüísticos, el comercio, la judicatura, la producción artesanal, el comportamiento cortesano, el juego, los procedimientos de cortejo y un largo etcétera».

un ejemplar del libro de Ariosto⁹, hasta los libros de caballerías españoles de su época, *Amadís de Gaula*, los *Palmerines* y los libros de Feliciano de Silva. De igual manera, Enciso conocía la materia *bíblica y la clásica*, los héroes griegos y troyanos, personajes que enriquecen su mundo ficcional y que sirven de trasfondo a uno de los episodios más importantes del libro V del *Flo-rambel*, la Aventura de las Tres Coronas, en la que seis estatuas autómatas, que figuran a Venus, Elena, Policena, Narciso, Cupido y Marte, cobran vida gracias al ingenio y la magia de la sabia Clota. A esas huellas que permiten rastrear sus obras anteriores, el *Diálogo de verdades* suma otras que amplían de manera considerable el catálogo de conocimientos literarios de Enciso. En ese sentido, no cabe duda de que estaba al tanto de la poesía de la época y de las modas italianizantes, hasta el punto de criticar su adopción en España, pues como apunta en el coloquio V:

por huir de los vocablos castellanos, como hacen de todas las otras cosas de acá, y van buscando a los poetas antiguos así griegos como latinos, y de otras partes; y en el trovar hacen lo mismo, que ya no hay ninguno que quiera componer por la arte y manera de España, sino que dejando las apacibles y galanas sonadas que solíamos usar han tomado una manera de trovar versos y sonetos, y otras invenciones italianas que son tan largas y vanas como las pajas del centeno que no se saca de ellas provecho ni fructo ninguno (Enciso 2012: 98).

Es más, en la misma intervención (en boca de Osorio), Enciso lamenta que se hayan olvidado cierto tipo de versos, hasta el punto de que «ya no hay romance ni canción ni lamentación ni villancico ni arte mayor ni arte real ni pie quebrado» y recalca que los esfuerzos por adaptar la lengua italiana a la castellana le resultan «cosa tan desabrida y mal sonante que ni lo puedo ver ni oír». En ese sentido, conforme con el espíritu patriótico y nacionalista que exhibe a lo largo de todo el diálogo, nuestro autor toma partido por las viejas formas poéticas castellanas y por figuras como Juan de Encina y Bartolomé Torres Naharro para quejarse al final de su intervención de que «teniendo tan buena arte y estilo de trovar en España», algunos vayan «a buscar lo que no es tal a las tierras ajenas» (Enciso 2012: 99). Es claro, así, que el diálogo ilumina una faceta del escritor riojano que las obras anteriores permitían perfilar escasamente. Se trataba de un hombre culto, que habría terminado el primer año de la escuela universitaria como sugiere el título de bachiller, que al final de su vida, con un aire nostálgico, reflexiona sobre el tiempo que le ha tocado en suerte, sobre la poesía y las costumbres de su época, así como sobre el estado del reino. A su vez, el *Diálogo de verdades* permite hacerse una idea de la ideología conservadora de su autor, que se inclina hacia la defensa de los valores antiguos; de igual manera, posibilita aproximarse, así sea tímidamente, a sus intereses y, finalmente, confirma su conocimiento de primera mano de la nobleza y del mundo cortesano. Los datos de archivo, y el diálogo mismo, esclarecen entonces algunos aspectos de la biografía de un autor del que hasta ahora se tenía un conocimiento muy escaso, un autor que comparte rasgos de su trayectoria vital y de su producción literaria con una figura como Antonio de Torquemada, también autor de un libro caballerías (*Olivante de Laura*), un diálogo (*Coloquios satíricos*) y, como Enciso, al servicio de uno destacado noble del siglo XVI, Antonio Alonso de Pimentel, VI conde duque de Benavente.

⁹ En el inventario está listados también «un libro de la vida de cristo en molde, un libro de quinto curçio de los hechos del mano Alejandro un libro de dialago una teorica de birtudes en molde un libro grande de molde viejo desquaternado un borrador del dialago escrito de mano otros memoriales hechos de su mano para conponer el dicho libro otro libro de romance que se intitula confisionario del tostado yten doçe pieças escritas de mano de un libro que haçia el dicho francisco de enciso» (Rojo 1994: s.p).

Francisco de Enciso Zárate y su arte fabulador

Pero ¿cuál es el lugar que Francisco de Enciso Zárate ocupa en el panorama de la ficción caballerescas española del siglo XVI? Autor de dos libros de caballerías, el *Florambel de Lucea*, compuesto en tres partes (siete libros), y el *Platir*, tercera continuación de la saga palmeriniana de 1533, y del *Diálogo de verdades* al que acabo de referirme, Enciso tiene una importancia significativa en ese camino de experimentación narrativa y de laboratorio genérico que caracterizó a los libros de caballerías, en particular en la primera mitad de la centuria. En su reelaboración del *Amadís de Gaula* (1496), Garcí Rodríguez de Montalvo propuso un modelo narrativo que tuvo una acogida extraordinaria, hasta tal punto de que, tres décadas después, el género ya estaba consolidado y su vitalidad se testimoniaba con la publicación de 22 títulos:

- » *Sergas de Esplandián*, 1510 (1496)
- » *Florisando*, 1510
- » *Palmerín de Olivia*, 1511
- » *Primaleón*, 1512
- » *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva, 1514
- » *Floriseo*, 1516
- » *Clarián de Landanís* de Gabriel Velázquez de Castillo (parte I, libro I), 1518
- » *Claribalte*, 1519
- » *Lepolemo*, 1521
- » *Clarián de Landanís* del Maestro Álvaro (parte I, libro II), 1522
- » *Clarián de Landanís* de Jerónimo López (parte II), 1518-1524
- » *Reimundo de Grecia* (Parte III de Floriseo), 1524
- » *Clarián de Landanís* de Jerónimo López (parte III), 1524
- » *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz, 1526
- » *Polindo*, 1526
- » *Clarián de Landanís* de Jerónimo López (parte IV), 1528
- » *Florindo*, 1530 (¿1528)
- » *Amadís de Grecia*, 1530
- » *Félix Magno* (libros I y II) 1531
- » *Florambel de Lucea* (partes I y II), 1532
- » *Florisel de Niquea* (partes I y II), 1532
- » *Platir*, 1533

El periodo comprendido entre 1496 y 1533 es, sin duda, el de la consolidación del género en la imprenta y en el gusto de los lectores (Infantes 1989, Cátedra 1999, Lucía Megías 2002). No puede olvidarse que esas tres décadas de desarrollo, las más intensas en términos de títulos nuevos, ediciones y reimpresiones, son también las de la creación de un repertorio de motivos propiamente caballerescos que, paulatinamente, enriquecieron el universo narrativo propuesto por Montalvo (Cacho Blecua 2002, Marín Pina 1998). Son años de experimentación, innovación, variaciones y desviaciones del paradigma propuesto por el refundidor de *Amadís de Gaula* (Ferrario de Orduna 1992), y también de adaptaciones a las nuevas modas y gustos renacentistas. La intención es clara: encontrar una fórmula narrativa, una poética, que produzca entretenimiento y admiración a los lectores y, a la vez, aliviane las críticas estéticas y estilísticas

de humanistas y preceptistas, poco convencidos del valor de estas historias fingidas señaladas como inverosímiles y de estilo *poco pulido* (Sarmati 1996, Bognolo 1999), a pesar de los esfuerzos de sus autores por justificar el valor moral de sus ficciones el comportamiento y las virtudes de sus protagonistas como defendían en los prólogos (Izquierdo 2021). Es en ese horizonte —muy diverso—, en el que brillan escritores como Feliciano de Silva, las nuevas formas estructurales y narrativas sugeridas por los autores de los *Palmerines* (Marín Pina 1996), la saga de los *Claritanes* o las propuestas con códigos más próximos a la realidad como las de *Florisando*, *Floriseo* o *Lepolemo* (Lucía Megías 2002, Guijarro Ceballos 1999, Bognolo/Río Nogueras 2016), que es necesario situar la figura de Francisco de Enciso Zárate.

Es claro que no es posible apartar al escritor logroñés del empeño experimentador que palpitaba ya en otros testimonios del género y, en particular, en las obras de Feliciano de Silva. En efecto, pese a las herencias decisivamente amadisianas y palmerianas, a su apropiación de los moldes ya canónicos, también esta *Segunda parte de Florambel de Lucea* revela su interés en recorrer sendas innovadoras; de hecho, la capacidad fabuladora de Enciso le permite profundizar en algunos de los motivos propuestos por el autor de Ciudad Rodrigo y lo sitúa en el mismo camino de experimentación y de búsqueda de la variedad narrativa. Ciertamente, no pueden desestimarse las divergencias, los matices y los rasgos diferenciadores en su tratamiento de la trayectoria del héroe, en la caracterización inicial del protagonista principal, Florambel, y de su padre, Florineo, como caballeros desamorados al principio de su andadura caballeresca, como lo fuera ya don Florindo, el misógino imaginado por Basurto (Río Nogueras 1991); la caracterización del mundo pagano y los conflictos que se originan con el cristiano debido a las guerras territoriales y al enamoramiento de don Lidiarte y Olibano de Diadema y Galania, un amor correspondido por las doncellas paganas que tendrá como consecuencia la conversión de las princesas y un nuevo enfrentamiento entre los dos bandos, cristiano y pagano, que se anuncia al final del libro V y que tiene como trasfondo el motivo de la mora enamorada; los ecos de las guerras del Mediterráneo, la presencia de los corsarios y los consecuentes cautiverios, o lo que parece una incipiente referencia al Nuevo Mundo o a la coronación de Carlos V como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 1530.

También es oportuno anotar que, en algunas oportunidades, la forma como Enciso desarrolla e implementa motivos ya utilizados previamente por otros autores del género son definitivos para su desarrollo posterior, como sucede, por ejemplo, con el de la doncella guerrera que propone con la figura de Florinda en el *Platir*¹⁰ (Marín Pina 1989: 82). El motivo del disfraz le debió parecer, en todo caso, de particular interés, puesto que también hace uso del travestimiento en la figura de Lelicio, escudero de Florambel, quien «se vistió de las ropas que traía de muger, con las cuales parecía tan bien, como él era fermoso y sin barbas, que no semejava sino una apuesta donzella» (V, 18, fol. 307r). Detrás del disfraz está la urgencia de comunicarle a la princesa Graselinda la presencia de Florambel a pocas millas de la corte de Londres y así no despertar sospechas que pudieran afectar la honra de la princesa. Como ya apuntó Stefania Trujillo (2019: 166) tanto la hermosura como la juventud hacen posible la transformación y, además, aseguran su éxito. Por las mismas razones también Florambel puede tomar hábitos de doncella, por iniciativa de su escudero Lelicio, para poder acceder a la recámara de Graselinda

¹⁰ De acuerdo con Marín Pina (1989: 90), el autor del *Platir* «ofrece uno de los desarrollos más completos y novedosos del tema de la doncella guerrera» en la medida en que en su obra se evidencia «un tratamiento mucho más complejo del tipo encarnado ahora no en un personaje inominado o secundario, sino en la propia protagonista de la obra».

luego de la reconciliación de los enamorados, pues «como él hera tan fermoso y apuesto, parecía tan bien en aquel hábito que estraña cosa hera de ver; y si no fuera por unas pocas de barbas que le havían nascido, muy bien pudiera ir descubierto por donde quiera sin que nadie cuidara sino que hera donzella, y no poco fermosa» (V, 20, fol. 311v). Por supuesto, aquí es necesario destacar el ingenio de Lelicio, quien planea tanto su propia metamorfosis como la de su señor y concibe la «buena manera» de adelantar el plan sin afrenta para la infanta y sin que las otras doncellas a su servicio se den cuenta del engaño; por ello le indica a Florambel que «porque hera tan grande y mucho mayor que él, cuando entrasse en el palacio que se abaxasse y encogiesse porque alguno no mirasse en ellos» (*ibid.*). El motivo del uso del disfraz no es, desde luego, una novedad propuesta por Francisco de Enciso Zárate. Ya en el *Lisuarte de Grecia* (1514), Feliciano de Silva había utilizado por primera vez el travestismo en un jovencísimo protagonista, a quien la doncella Gradafilea, doncella pagana enamorada del héroe, ayuda a escapar de la prisión en la que lo tiene su padre por mandado de la maga Melía dándole sus propios vestidos¹¹. Y fue justamente el autor mirobrigense quien explotó en numerosas ocasiones el motivo, como testimonian en su *Amadís de Grecia* el travestismo del héroe principal y, en la *Tercera parte de Florises de Niquea*, los disfraces de Agesilao y Arlanges. Como en el caso de Florambel, la causa principal de la metamorfosis es la necesidad de ver a sus respectivas enamoradas; en esas decisiones, ya sea de ellos o de sus escuderos, sobresale el uso del ingenio, una cualidad que juega un rol esencial en la transformación y en los nuevos modos de vida de cortesanos (Trujillo 2019: 170). En ese sentido, Enciso está siguiendo la estela dejada por Silva. Ciertamente el autor riojano recoge el testigo del de Ciudad Rodrigo en la búsqueda del entretenimiento. Así, esta segunda parte de la obra acumula aventuras de muy distintos tipos, amorosas, bélicas, mágicas, que aportarán de manera notable al enriquecimiento de los moldes fijados por Montalvo, explotados certeramente por Enciso; de esta manera, su obra constituye un eslabón más en la cadena de las experimentaciones que adelantaron los testimonios más ortodoxos del género. El amor, la magia, la maravilla, el humor y la guerra dan lugar a todo tipo de aventuras que mantendrán expectantes a lectoras y lectores.

El final de la *Primera parte*

El 22 de junio de 1532 se terminaba de imprimir en los talleres de Nicolás Tierri en Valladolid (las mismas prensas en las que se publicó la primera parte y que se encargarán de imprimir un año después el *Platir*) la *Segunda parte del Florambel de Lucea*. Francisco de Enciso Zárate, secretario del IV marqués de Astorga, había dedicado ya al brillante don Pedro Álvarez Osorio la primera parte y lo mismo hará con esta *Segunda parte de la corónica del invencible cavallero Florambel de Lucea, hijo del esforçado rey Florineo de Escocia* con la intención «de declarar el fin que ovieron los amores de Florambel y su señora la infanta Graselinda». De acuerdo con Enciso, que supuestamente ha traducido del inglés la crónica escrita por el santo Cipriano, para concluir su labor ha «buscado y especulado con diligencia todo lo tocante a esta historia» (Prólogo). El resultado «de lo que d'ella he podido saber y alcançar es lo que en estos dos últimos libros vuestra

¹¹ «Vós sois grande, tanto e más que yo. Vestidvos estos mis vestidos e yo los de mi doncella, e assí nos saldremos. Ella se irá de aquí a un rato a la tienda de mi padre, que no echarán de ver si entramos acá dos si tres e la noche está oscura que nadie os conocerá» (Silva 2002: 57).

Señoría verá». Aficionado a los libros de caballerías, como lo testimonia la biblioteca de su residencia nobiliaria en el espléndido alcázar de Astorga (Cátedra 2002), no es improbable que el IV marqués estuviese ávido por conocer el final de una historia que, en los primeros tres libros, había dejado expectantes a sus lectores con la dolorosa penitencia del héroe. Florambel ha sido despreciado durante una cacería por su amada Graselinda, quien, en una respuesta desabrida, le exige que recorra el mundo para encontrar su linaje como requisito indispensable para plantear un vínculo romántico entre ellos. La huida de la corte, espacio que el caballero ya no soporta debido a su tristeza, lo conduce a un lugar inhóspito y despoblado, habitado solamente por una alimaña serpentina, conocida como el gran Culebro. El combate a muerte con el monstruo, aventura indispensable en la trayectoria del héroe folclórico, da lugar a una confusión y a que, en consecuencia, la corte de Inglaterra, casa de la princesa Graselinda, crea que el Caballero de la Flor Vermeja ha muerto.

Por suerte, se trata solo de un malentendido. Pues, gracias a la ayuda del hada Morgana, que providencialmente envía a una de sus doncellas con las manzanas del Árbol Saludable (aventura a la que Florambel le ha dado fin en el capítulo 9 del libro III), el héroe logra recuperarse y abandonar el lugar. Atrás quedan el cadáver del gran Culebro, que atemoriza aun muerto, y las antiguas armas del caballero, de las que ha debido despojarse para que su fiel escudero, Lelicio, restañe las terribles heridas que le ha dejado el enfrentamiento. El libro IV comienza, pues, con el día siguiente. Luego de pasar la noche con algo de consuelo gracias a la esperanza que le transmiten las predicciones que el hada Morgana ha hecho y que le han pronosticado la recuperación de su identidad y la felicidad amorosa, Florambel encuentra a su lado una preciosa armadura de color amarillo que refleja la desolación que se ha apoderado de su corazón. En efecto, las armas eran amarillas con un escudo que tenía «labradas unas llamas de fuego unas llamas de fuego que quemaban un corazón muy llagado, del cual salían y se derramaban muchas lágrimas fechas por la misma arte que las otras de las armas» (IV, 1, fol. 207v).

La vista de sus nuevas armas le da también algo de consolación, pues estaban «pintadas conforme a lo que él deseava y su corazón sentía». De hecho, la nueva divisa es perfecta para su propósito: cambiar de identidad y no descansar hasta no conocer el nombre de sus verdaderos padres. Para ello toma la decisión de hacerse llamar el Caballero Lamentable, un nombre que, además de permitirle no ser reconocido, está acorde con su estado de ánimo. Como es habitual en el género caballeresco y como ya lo había hecho Amadís de Gaula, un modelo fundamental para la escritura del *Florambel de Lucea*, desde el punto de vista narrativo el cambio de nombre abre las puertas a un nuevo ciclo de aventuras. No sobra antes de referirme brevemente a ellas, volver la mirada a los episodios esenciales de los libros anteriores, pues las líneas narrativas por las que discurre esta segunda parte están, en su mayoría, ya planteadas y algunas de ellas serán resueltas en estos libros IV y V; otros hilos, sin embargo, quedarán aún por resolver en la tercera parte del *Florambel* que se ha conservado manuscrita en dos códices, pese al contrato de impresión que Enciso Zárate firmó con Rogel Senat en 1549 (Rojo Vega 1989, Lucía Megías 1999, Feijóo Casado 1999).

Ya en la primera parte de la historia se había evidenciado la impronta amadisiana que es posible rastrear a lo largo de todo el libro; Enciso, como muchos otros autores de la caballería literaria, toma como punto de partida el modelo narrativo y estructural propuesto por Rodríguez de Montalvo: Florambel nace en medio de una relación ilegítima en la que ha mediado una pócima amorosa preparada por la «señora de todas las artes mágicas», la sabia Dueña del Fondo Valle, para obligar al padre del héroe, Florineo —cuyas aventuras ocupan buena parte del libro primero—, a permanecer en el deleitoso Castillo del Deporte junto a la princesa Beladina

de Irlanda, olvidado de sus obligaciones caballerescas. No obstante, las desviaciones del modelo propuesto por Rodríguez de Montalvo se notan enseguida en la trayectoria del protagonista, aunque esto no signifique una separación del esquema del héroe folclórico: a cambio del abandono en las aguas, el pequeño niño es raptado por el sabio pagano Adriacón, que lo conduce a un castillo inexpugnable cerca de la ciudad de Niquea y lo encierra en una habitación encantada a la que solo él, su esposa Maurifa y su hijo Brabonel tienen acceso. Allí se educa el pequeño, conocido como el Doncel de la Linda Flor por la flor que tiene tatuada en el brazo izquierdo, y aprende el ejercicio de las armas en un ámbito pagano, como ya le había sucedido a Amadís de Grecia en el libro homónimo de Feliciano de Silva. Tiempo después será rescatado por un grupo de caballeros conocidos como los Caballeros de las Flores de Plata (Corineo, Olibano, Lidiarte, Riganer, Piñater, Leoncides del Ojo Blanco y Bristes de la Pequeña Bretaña), quienes han sido enviados en una torre voladora por la Dueña del Fondo Valle, la maga protectora del héroe y de su linaje. El desplazamiento de los Caballeros de las Flores de Plata a Niquea abre entonces una línea narrativa importante a lo largo de las dos partes, pues significa el contacto con el mundo pagano y la exaltación de sus modos cortesés y porque da pie a la introducción del motivo de la mora enamorada y del amor que surge a pesar de creencias religiosas distintas (Cacho Bleuca 2010, García Valdecasas/Beltrán Llavador 1989). En efecto, Lidiarte, medio hermano de Florambel y uno de los caballeros principales del relato, y el príncipe Olibano de Irlanda se enamoran respectivamente de la princesa Diadema de Niquea, hija del soldán Bracilán, y de su prima Galania, quienes, desconociendo su condición de cristianos, corresponden a su amor.

Después de su rescate, el bueno de Florambel es bautizado y recibe la instrucción religiosa de mano del santo Cipriano, cronista de la historia, y se convierte en un férreo defensor de la fe cristiana. Así mismo, el héroe recibe la orden de caballería de manos del príncipe Olibano, su desconocido tío, luego de la instrucción caballeresca que le han dado unos caballeros ermitaños en el desierto de Antioquía, y comienza desde ese momento a dar muestras de su valentía y perfección cortesana, primero en la corte de Niquea, después en la guerra de Hungría, donde se desempeña ya como capitán de los Caballeros de las Flores de Plata. Luego de derrotar a los paganos y afianzada su amistad con los de la divisa de las Flores, el Caballero de la Flor Bermeja se separa de sus compañeros y participa en numerosas aventuras, entre ellas la costumbre de las dos hermanas, el enfrentamiento con un caballero que lo desprecia por no ser enamorado y, la más importante de todas, la Aventura del Árbol Saludable, una antigua prueba preparada por la sabia Morgana, quien le pronosticará que pronto su corazón, hasta ese momento libre, será subyugado por el amor, así como las duras pruebas que tendrá que pasar para descubrir su linaje; así mismo, el hada le hace entrega de Escalibur, la espada de su hermano, el rey Arturo. En uno de los puntos más altos de su trayectoria caballeresca, luego de vencer en las justas convocadas en la corte del rey de Altiseo para celebrar el fin de la aventura del Árbol Saludable, Florambel se enamora de la infanta Graselinda, hija del rey de Inglaterra, al ver su belleza casi divina pues «sin saber él cómo, aquel cauteloso y cruel amor muy sutilmente se le metió por los ojos y se le escondió en lo más secreto de sus entrañas y de allí muy paso puso una dorada flecha en su domador arco y a muy gran traición la tiró y acertó por medio de aquel tan esforçado e invencible corazón y passándole de claro en claro le fizo una tan mortal ferida que fasta la muerte le duró» (Enciso 2009: 322). Tampoco puede escapar de las fuerzas de Cupido la hermosa Graselinda, pues «acaesció que embió una tal y tan ardiente llama a aquel delicado corazón de la fermosa infanta sobre todas Graselinda, que desde el primer punto que vido al buen Cavallero de la Flor Vermeja entrar por la puerta de la sala, fue tan encendida en el su

amor y tan ferida en su corazón que como atordida del crudo golpe que en él avía rescebido estava sin ningún sentido» (*ibid.*).

Como ya le ocurriera a Amadís de Gaula, Florambel pasa la noche en vela a causa de su enamoramiento intempestivo y de la preocupación por la supuesta inferioridad de su linaje. Sin embargo, pocos días después y pese a creerse de menor condición que la infanta, le envía la cabeza del gigante Gilobarco como muestra de su servicio. Semanas más tarde, y luego de acrecentar aún más su fama, el héroe debe enfrentar a otro gigante frente a toda la corte de Londres. Esta vez se trata de Gomarán el Triste, hermano de Gilobarco. El atroz enfrentamiento que culmina con la muerte del gigante deja postrado a Florambel durante varios días, al cuidado de la hermosa doncella Laurelia, amada del Caballero Bobo. Sin tener claro que solo los une la amistad y el agradecimiento, la infanta de Inglaterra tiene un arrebato de celos que se hará evidente cuando, durante una montería, el Caballero de la Flor Bermeja le declare sus sentimientos hacia ella. No son suficientes las palabras de amor, ni la sobrada lealtad y pasión que se reflejan en ellas, pues la infanta recuerda, dolida, las atenciones de Laurelia y, sobre todo, la pobre condición de caballero andante de su pretendiente. La reacción brusca de la princesa deja sin aliento a Florambel, quien debe ser socorrido por Lelicio, su escudero, quien le recrimina diciéndole que «era muy vergüença para un cavallero de tan alto fecho como él lo era sujetarse tanto al amor de una donzella, que solo un desabrimento le causasse tanta pasión que le fiziesse estar en el lecho» (Enciso 2009: 383). Entre tanto, unos pastores le informan al rey Altiseo de la presencia en una floresta cercana de un temible monstruo serpentino, el gran Culebro.

Esa misma noche, resuelto a abandonar la corte sin compañía para no volver a presentarse ante Graselinda como ha sido la exigencia de la infanta, Florambel invita a sus amigos a pasear por la ciudad mientras él interpreta al laúd una lamentación, triste y pesarosa. Los versos, que condensan el dolor y la tristeza que lo embarga, conmueven a la princesa —quien escucha la canción desde su aposento— y también a sus camaradas, que se sorprenden de la «gracia que Florambel tenía en el tañer y cantar» y «del alto estilo que le acompañaba en el trovar» (Enciso 2009: 331). Un poco más tarde, el caballero y su escudero logran escabullirse de la corte y llegan a la floresta donde el héroe fue despreciado por Graselinda. El dolor es tal que el caballero decide internarse en lo más profundo de esa floresta «cerrada y áspera» por «fazer su triste vida en las selvas y montañas como hombre desesperado y sin consuelo ninguno» (Enciso 2009: 386). Es en ese lugar, solo amenizado por una «fuente «muy fermosa y muy buena de agua», que tiene el combate mortal con el Gran Culebro, es ahí donde Lelicio encuentra a su señor moribundo y donde un doncel de la corte de Altiseo tropieza con ambos y lleva la noticia al rey de Inglaterra de la inevitable muerte del caballero a causa de las heridas.

El héroe, como ya he anotado, logra sobrevivir gracias a la ayuda providencial de Morgana. Con sus armas y nombre cambiados comenzará entonces un nuevo ciclo de aventuras, un nuevo ciclo narrativo, con el que dará inicio el libro IV.

Las aventuras del Caballero Lamentable

La desaparición del Cavallero de la Flor Bermeja pone en alerta a toda la corte de Inglaterra y, especialmente a sus amigos, quienes, muy abatidos por las noticias llevadas por el escudero, deciden abandonar Londres y recorrer el mundo para buscar al caballero. No menos descorazonada se queda Graselinda, convencida de la muerte del caballero y consciente de su parte de

responsabilidad en su desaparición. Entre tanto, el Caballero Lamentable emprende una serie de aventuras encaminadas a descubrir el nombre de sus padres, dado que sólo la comprobación de su pertenencia a la élite caballeresca y social es llave que le dará acceso al corazón de la infanta de Inglaterra. Todo el libro IV está encauzado entonces a la proclamación del Caballero Lamentable, la nueva identidad del héroe, como el mejor caballero del mundo; un camino que lo conducirá al conocimiento de su linaje, tal y como lo había profetizado el hada Morgana después de que el héroe dio fin a la Aventura del Árbol Saludable.

Sin embargo, antes del reencuentro con su familia, Florambel, apesadumbrado, penitente y vestido con unas armas que ocultan su identidad y reflejan su tristeza, deberá enfrentar numerosas aventuras. La primera de ellas, un desafío con tres caballeros que se burlan de él porque su escudero, Lelicio, no tiene caballo y porque el laúd que lleva consigo parece evidenciar que al parecer lo «satisfazen más los aparatos del amor que no los de cavallería» (IV, I, fol. 207v). La derrota de los osados caballeros no se hace esperar y el Caballero Lamentable continúa su camino haciendo extraordinarios hechos de armas, tantos que su fama comienza a divulgarse por todo el reino de Inglaterra. Un día, al caer la noche, busca refugio en un castillo, cuyo dueño es uno de los caballeros burladores. Su nombre es Darestes y apresada con alevosía a Florambel, dispuesto a dejarlo morir de hambre para vengarse de él. Sólo la ayuda de Feliciano, su mujer, «una de las hermosas dueñas que había en toda aquella tierra» (IV, 3, fol. 210r), quien se enamora del héroe y lo ama «desordenadamente» logra salvarlo de la prisión, pues cree que es correspondida por él. Así el héroe debe enfrentar la dura prueba del asedio amoroso de la dueña, a quien, finalmente, por incitación de su sagaz escudero, Lelicio, simula querer para escapar de la prisión, en una faceta que resalta, por una parte, su fidelidad amorosa y, por otra, su capacidad de fingimiento. Una vez fugados, el héroe se ve obligado a utilizar sus habilidades cortesas y consigue dejar a la dueña en un monasterio, prometiéndole regresar por ella una vez culmine cierta aventura en la que está comprometido. La fama del héroe, opacada por los días de encierro, vuelve a ser noticia con el vencimiento, días después, de Fortidel de Nurdandoya, un valiente caballero que sostiene la Aventura del Vado Peligroso y con quien debe justar para comprobar que la belleza de Graselinda es superior a la de Elisa de Francia, la enamorada del caballero mantenedor.

Poco después, el héroe recibe una carta de la sabia Dueña del Fondo Valle en la que lo alienta a subir a una barca mágica guiada por dos enanos y pronostica las duras aventuras a las que deberá enfrentarse antes del reencuentro familiar. Así, comienza un arduo recorrido marítimo que lo llevará a numerosas islas. En la primera, llamada la Ínsula de las Cinco Torres, da muerte al gigante Luciferno, quien tiene apresado a su querido amigo, don Lidiarte del Fondo Valle como consecuencia de la muerte de sus dos hijos a manos del caballero. La ínsula antes conocida como la Roca Negra era una «de las fuertes y hermosas que avía en el mundo, porque era muy grande y poblada de muy buenas villas y castillos y de mucha gentes y muy buena que en ella habitava» (IV, 11, fol. 225r) y estaba fuertemente protegida por acantilados rocosos en los que se alzaba un alcázar con cinco torres, cuatro de las cuales «estavan puestas en cuadro en torno de una mucho más fuerte que las otras que estava en medio, y estavan fechas por tal arte que no podían entrar a la torre de en medio si no passavan primero por las otras cuatro, porque todas se andavan de una en otra y de la otra a la otra por una angosta calle cercada de muy alta muralla de la una parte y de la otra» (*ibid.*) Las torres, además, estaban custodiadas por los hijos de Luciferno, «tan malos y soberbios como él». Florambel, que no tiene par, logra vencer al tercer y cuarto de los hijos —Lidiarte ha dado muerte a los dos primeros y por ello ha sido sentenciado

a morir a manos del gigante— y también al padre cortándole la cabeza. Así libera a más de 300 prisioneros, incluido Lidiarte —a quien deja como gobernador de la isla tras su partida—, varios de sus amigos de los Caballeros de las Flores y algunos caballeros pertenecientes a la corte de Altiseo, ante quienes se identifica como el Caballero Lamentable. Son ellos, precisamente, los encargados de llevar las noticias de su victoria sobre Luciferno y sus hijos a la corte de Inglaterra, donde cada vez se sospecha más que tras ese extraordinario caballero que no quiere revelar su identidad se oculta el Caballero de la Flor Bermeja.

Luego de abandonar la Ínsula de las Cinco Torres, el héroe continúa su desplazamiento marítimo y atraca en la Ínsula de Norgales, donde restituirá en su reino a la infanta Rosamira, desposeída por Cartagadán a la muerte de los padres de la doncella, quien, además, pretende casarse con ella, pues es «tan hermosa y entendida que a duro se podría fallar en el mundo otra que se le igualasse» (IV, 15, fol. 232v). De vuelta a su barco mágico, Florambel libera en el mar a sus dos grandes amigos, Corineo y Plataneo, que han sido raptados por corsarios y luego es conducido a la Ínsula Sumida, muy difícil de divisar a lo lejos porque siempre está cubierta de truenos y relámpagos que anuncian el *locus horridus* que el héroe encuentra apenas pone el pie en la orilla. Nada, sin embargo, atemoriza a Florambel, ni siquiera «las malditas compañías que en ella moravan» y que mostraban «tantas cosas tan fieras y desemejadas que no bastavan ojos humanos a las poder mirar» (IV, 18, fol. 238r). Decidido a entrar en la isla, cuando cree que ha superado los obstáculos, la tierra se abre a sus pies y cae en un abismo profundo, donde ve tan «espantables visiones» que se desmaya. Al despertar, se encuentra en un prado, verde y deleitoso. En efecto, la Ínsula Sumida se ha transformado en una tierra hermosa y fructífera que, a partir de ese momento, se llamará Ínsula Nueva, ciertamente un nuevo mundo, que finalmente es desencantado gracias a su triunfo en diversas pruebas, como habían pronosticado Morgana y la Dueña del Fondo Valle. Los habitantes de la ínsula, ya liberados del sueño en que estaban sumidos, le cuentan a Florambel que todo se debe a la maga Clota, quien construyó así mismo una Torre de las Maravillas, cuya visita el héroe debe postergar por consejo de los enanos, que lo apremian para que abandone la isla y se embarque de nuevo con rumbo desconocido.

Diez días después llega a Sicilia, isla que en los libros de caballerías suele ser objeto de invasiones (Neri 2007: 215). En efecto, el reino acaba de ser atacado alevosamente por los reyes de Chipre, Túnez y Bugía y otros reyes y señores paganos. La ayuda providencial del Caballero Lamentable libra al rey de Sicilia de una derrota inevitable por el número de las huestes invasoras. El combate de Sicilia —probablemente eco de los conflictos en el Mediterráneo— es la última de las paradas insulares, antes de que el barco guiado por los enanos ataque en Alemania, donde el caballero deslumbrará a la corte —en particular al emperador Marcelino, quien viejo y cansado está en la búsqueda de un sucesor para su trono—, gracias a su triunfo en numerosas aventuras, entre ellas la derrota de dos caballeros, el felón Grafilón y el traidor de Tramoraldo, quien había arrebatado de manera ilegítima su tierra a la duquesa de Jasa. No solo Alemania es escenario de los extraordinarios hechos en armas de Florambel. También en Francia ofrece su ayuda el valeroso y descorazonado caballero al rey Charles de Francia, apresado a traición por el falso del duque de Nehemares para obtener por la fuerza la mano Elisa, futura heredera del reino. De nuevo, la intervención del valiente Florambel es providencial para salvar al rey, quien queda maravillado del arrojo del caballero desconocido. Una aventura más le depara al héroe las tierras de Francia: el enfrentamiento con un jovencísimo caballero, don Belister de España, gracias a la Aventura de la Espada preparada por la Dueña del Fondo Valle, a la que da fin otorgándole la orden de caballería, después de una durísima justa con las lanzas.

Entre aventura y aventura, que lo consagran como el mejor caballero del mundo, han transcurrido ya dos años desde que Florambel abandonara la corte de Altiseo, destrozado por el desprecio de Graselinda. La última parada de su recorrido por mar es la isla de Irlanda; allí los enanos le anuncian que le espera una aventura en la que su vida correrá peligro extremo. En efecto, el Caballero Lamentable se enfrenta con Frandamón de Sibernia, el jayán «más espantable y desemejado que jamás fue», quien junto con diez caballeros soberbios lleva prisioneros en una carreta a una dama muy hermosa, una doncella igualmente bella, dos donceles pequeños y un caballero muy malherido. Al ver el cortejo, Florambel escucha una voz de mujer que le reclama por no ir a socorrer a quienes lo procrearon. El héroe comprende enseguida que se trata de sus padres, arremete contra el gigante y le da muerte, saliendo él muy mal librado. Así, herido, acomete a los diez caballeros, que alevosamente lo atacan al unísono. Sin embargo, su osadía y fuerza no lo abandonan y consigue matar a tres de ellos y herir a otros cuatro; los demás, ante el temor de sus golpes, huyen despavoridos. De esa manera, casi desangrado, Florambel se acerca a Florineo, su padre, y lo recuesta en su escudo. Se cumple así la profecía de Morgana, según la cual el héroe «fallaría su sangre muy derramada, y que fasta que con ella regasse el ardiente corazón no avrían fin sus grandes pesares. Y esto se fio entonces porque así el corazón que estava pintado en el escudo con mucha parte del campo estava regado de la sangre que a los dos se les iva» (IV, 40, fol 275r). Pese a la alegría de verse liberados de la cruel prisión, la confusión reina entre todos por el comportamiento cariñoso del caballero desconocido, pero la llegada oportuna de la sabia Dueña del Fondo Valle les revela una verdad que regocija el corazón de todos: su salvador es su hijo perdido, Florambel.

Así, en el libro IV se relata la crisis del héroe, triste y desoladora, que lo obliga incluso a cambiar su nombre y el consecuente proceso de ascenso hasta ser reconocido como el mejor caballero del mundo. Como ha planteado Cacho Blecua (1987: 144), el cambio de nombre es, a su vez, un cambio de estado, una suerte de muerte metafórica, que conlleva una nueva etapa y, asimismo, un nuevo ciclo narrativo en que el héroe deberá revalidar su condición guerrera y obtener, así, una fama igual o superior a la que tenía con su nombre anterior y con ella demostrar que es digno de la herencia de su linaje. Porque, en efecto, este nuevo ciclo conduce al Caballero Lamentable al descubrimiento de su identidad, de su ascendencia familiar, un paso indispensable, como ocurriera ya con Amadís de Gaula, para la obtención del amor.

De otra parte, y desde el punto de vista de la estructura narrativa, es claro que en el libro IV se superponen las aventuras del héroe principal con las de su medio hermano, don Lidiarte, aunque de manera muy matizada; en ese sentido, hay un predominio de una narración lineal de los episodios vinculados con Florambel, como se evidencia en el esquema planteado a continuación, de tal manera que la variedad —tan necesaria para la preceptiva de la época— está apuntalada por la pluralidad en el tipo de aventuras que debe enfrentar el protagonista:

A, Caballero Lamentable (caps. 1-3); B, Lidiarte del Fondo Valle (cap. 4); A, Caballero Lamentable (caps. 5-13); C, Fortidel de Nurcandoya (cap. 14); A, Caballero Lamentable (caps. 15-21); B, Lidiarte del Fondo Valle (cap. 22); A, Caballero Lamentable (caps. 23-25); Celeasín, escudero de don Lidiarte (caps. 26-27); A, Caballero Lamentable (caps. 28-40).

Por su parte, el espacio que recorre el Caballero Lamentable refleja una diversidad que corresponde parcialmente a una topografía real (Inglaterra, Francia, Sicilia, Alemania, Irlanda) y, de manera muy significativa, a una geografía imaginaria en la que predominan las ínsulas,

espacios que, en la tradición caballeresca, son el lugar de lo maravilloso por excelencia; en ese sentido, Enciso hace uso de la paradoxografía, como lo hará Cervantes décadas después en el *Persiles* (Dünne 2013). La sucesiva aparición de distintos lugares responde, a la vez, a una geografía maleable (Lestringant 2002), acorde con la necesidad del héroe de difundir su fama en reinos distintos al de Inglaterra, cuya corte es el lugar de residencia de la amada y de reunión de los caballeros principales y, por tanto, el lugar del reconocimiento público. Distribuido en capítulos, la geografía recorrida en el libro IV, que concuerdan con la alternancia de los episodios vinculados a Florambel y Lidiarte, pueden sintetizarse así:

Inglaterra (caps. 1-9), mar (cap. 10) Ínsula de las Cinco Torres (caps. 11-13), corte de Londres (cap. 14), Ínsula de Norgales (caps. 15-16), mar (cap. 17), Ínsula Sumida (caps. 18-21), Ínsula de la Cinco Torres (cap. 22), Ínsula Sumida, ahora llamada Ínsula Nueva (cap. 23), Sicilia (caps. 24-25), Niquea (caps. 26-27), Alemania (caps. 28-33), Francia (caps. 34-38), Irlanda (caps. 39-40).

Florambel, hijo del rey de Escocia y emperador de Alemania

El libro V comienza en el Castillo del Deporte, casa de placer en la que ha transcurrido la vida de Beladina y Florineo. Allí, padre e hijo reciben los cuidados necesarios para su recuperación y el héroe conoce su linaje, las circunstancias de su nacimiento y de su rapto por boca de la Dueña del Fondo Valle, quien además pide a Florambel que ayude a disponer todo lo relacionado con la boda de sus padres. El conocimiento de su procedencia de un linaje de reyes lo embarga de alegría, pues limpia de obstáculos el camino que lo conduce al amor de Graselinda. Acorde con una nueva identidad y con las posibilidades de conseguir la correspondencia de la infanta de Inglaterra, el caballero vuelve a cambiar de armas, esta vez de color verde en alusión a la esperanza que se vislumbra con respecto a su realización amorosa. Recuperados de sus heridas Florineo y Florambel, toda la familia se dirige a la corte de Lucea a visitar a los viejos reyes de Escocia, Aquilano y Brinea. De camino se encuentran con tres caballeros armados con las armas de las flores de plata, que resultan ser Lerinter de Escocia, Bristes de la Pequeña Bretaña y Leoncides del Ojo Blanco, rey de Bohemia. Su alegría es inmensa cuando reconocen a Florambel y se enteran de que es su pariente y de que su hermano perdido, Florineo, está vivo. Una vez en Lucea el júbilo es indescriptible con el reencuentro familiar, tanto que convocan un torneo para celebrar el casamiento público de Florineo y Beladina y su coronación como reyes de Escocia. Numerosos caballeros llegan a participar en los torneos, regidos por unas condiciones muy estrictas para evitar desgracias, entre ellos Lidiarte del Fondo Valle, quien derrota a su padre. Solo la intervención de la Dueña del Fondo Valle impide el enfrentamiento letal entre Florambel, quien ha reemplazado a su padre, y su gran amigo y desconocido hermano, ahora el mantenedor del torneo. De nuevo, es la maga la encargada de revelar su parentesco, con lo que la fiesta en la corte se multiplica.

Entre tanto, han llegado a la corte de Inglaterra las noticias del reconocimiento de Florambel y de su linaje real. Graselinda, arrepentida por el trato concedido al caballero, le envía una carta de amor, pidiéndole perdón por el yerro cometido y solicitando su presencia en la corte sin tardanza. El alborozo del caballero es indescriptible cuando recibe la carta de manos de la Doncella Española. También a don Lidiarte y Olibano les llegan las buenas nuevas que Celeasín

les trae de parte de sus enamoradas Diadema y Galania, quienes les piden que vayan por ellas a Niquea. La estancia en la corte y la celebración de los torneos es momento propicio para el surgimiento de otros amores que anuncian nuevos hilos narrativos. Así, se produce el enamoramiento de Florián, uno de los hermanos pequeños de Florambel y la hermosa reina Rosamira en un jardín aldeaño a la habitación de Clarinea, la preciosa hermana del héroe, de quien, a su vez, se enamora el príncipe Corineo de Inglaterra.

Agobiados por la ausencia de sus amadas, Florambel, Lidiarte y Olibano presionan la partida de la corte. La Dueña del Fondo Valle, conocedora de sus deseos, dispone la salida y pronuncia una enigmática profecía que anuncia tiempos difíciles para la cristiandad. Así, Lidiarte, Brabonel y Olibano entran en la Torre Encantada que los conducirá a Niquea, mientras Florambel y sus amigos toman rumbo a Londres, donde antes de llegar a la corte escuchan a un caballero desconocido cantar un romance amoroso que afrenta a sus amadas. La lucha no se hace esperar y termina separando a Florambel de sus amigos. Se trata de una hábil estrategia narrativa para permitir que el héroe pueda, por fin, entrar en la corte sin ser conocido (se disfrazó de mujer para ello) y encontrarse con su amada Graselinda, donde permanece más de diez días disfrutando de su amiga.

También en este bloque narrativo Lidiarte y Olibano podrán satisfacer sus mortales deseos, una vez logran sustraer a las infantas de la corte del soldán y llevarlas a tierras seguras, donde adoptan la religión cristiana. Este hurto, sin embargo, será el desencadenante de una nueva guerra entre cristianos y paganos que se anuncia al final de este libro. Pero antes de ese nuevo enfrentamiento Florambel, que ya ha recabado muchas amistades que se servirán de respaldo en ese enfrentamiento, regresa a la Ínsula Nueva, donde se proclama en la Aventura de las Tres Coronas de la Torre de las Maravillas, en presencia de los reyes de Inglaterra y de Escocia y de sus respectivas cortes, como el mejor de los caballeros de su tiempo, así como el más leal de los amadores; de la misma manera que Graselinda es consagrada como la más hermosa y virtuosa de las doncellas. La cima de su gloria se reitera con la embajada del emperador de Alemania, Marseliano, que le anuncia su deseo de que se convierta en su sucesor. En efecto, el héroe es coronado como emperador, otorgamiento que le permite casarse públicamente con Graselinda. Pocos meses dura la paz ganada gracias a su buen gobierno, pues no tardan en llegar las noticias de la cruel venganza que planea el soldán Guerrerín por el rapto de su hermana Diadema. Así, con la conformación de dos bloques de aliados, cristianos y paganos dispuestos a la guerra termina este libro, cuya narración se ve interrumpida por la muerte del santo Cipriano, su cronista.

El libro V es pues el relato del ascenso vertiginoso del héroe una vez conoce su linaje; por una parte, tiene lugar su revalidación en la faceta bélica como el mejor caballero del mundo que lo llevará a ser coronado como emperador de Alemania y, por otra, en el ámbito privado, se producirá su realización amorosa con la consecución de la correspondencia de Graselinda, su desfloramiento y finalmente su matrimonio público. De esta manera se han reparado todas las fisuras evidentes en el libro anterior y el caballero ha armonizado las dos esferas de su vida, la pública y la privada. Como el libro anterior este quinto tiene una estructura narrativa sencilla, porque en la mayor parte de los capítulos Florambel se encuentra con sus familiares y amigos, primero en la corte de Lucea, luego en la de Londres, después en la Ínsula Nueva (remedo de la Ínsula Firme amadisiana) y, finalmente, en la corte de Alemania, una vez es coronado emperador. Acorde con ello, su trama está basada en las alternancia de las aventuras de los caballeros protagonistas, Florambel y Lidiarte, a la vez que se proporciona al lector novedades como la aparición de Belister de España, del novel Caballero de la Tienda Encantada y de los hermanos

gemelos del héroe, Lindoniso y Florián, futuros Caballeros Resplandecientes, que abren nuevas líneas narrativas y dejan abiertas las puertas a una continuación, como de hecho ocurre con la *Tercera parte de Florambel de Lucea*. En consecuencia, también el espacio recorrido será más limitado, pues una vez recobrada la identidad el héroe no debe transitar geografías diversas y lejanas para hacerse un nombre. De acuerdo con eso, la trama y el espacio de este libro pueden resumirse así:

A, Florambel en el Castillo del Deporte (caps. 1-2), A, Florambel en Lucea (caps. 3-8), B, Graselinda en la corte de Londres (cap. 9) A, Florambel en Lucea (caps. 10-15), A, Florambel en Inglaterra (cap. 16-20), A, Florambel en la corte de Londres (21-22), A, Florambel en Inglaterra (caps. 23-26), A, Florambel en la corte de Londres (caps. 27-29), C, Lidiarte en Niquea (caps. 30-33), A, Florambel y la corte en la Ínsula Nueva (caps. 34-38), A, Florambel en Alemania (caps. 39-45).

«Al tiempo que fallaredes escritas las letras en el nuevo mundo»: los ecos históricos en *Florambel de Lucea*

Como ya he apuntado con anterioridad el hermano de Francisco, Pedro de Enciso, fue corregidor del pueblo de Chucuito (Perú) entre 1550 y 1555¹². El paso de su hermano a América, y los consecuentes negocios que Francisco pudo haber mantenido con el Nuevo Mundo gracias a los contactos de Pedro, según deduce Cáseda (2022: 47)¹³, no son, de hecho, las únicas referencias que permiten establecer la familiaridad del escritor riojano con las Indias. En el prólogo de la *Primera parte de Florambel de Lucea*, el comentario de Enciso sobre las noticias de los extraordinarios hechos de armas que acometen quienes atraviesan el Atlántico informa ciertamente del conocimiento de nuestro escritor de uno de los hechos históricos más trascendentales de su época, el descubrimiento de América¹⁴; asimismo da buena cuenta de su convencimiento de que las hazañas de los conquistadores de Indias no eran muy distintas de las aventuras portentosas relatadas en los libros de caballerías como los escritos por él en un giro para justificar la verosimilitud de su relato. Quizá, acorde con el deslizamiento de hechos históricos fabulados en el relato al que me referiré enseguida, no sea descabellado pensar que se pueda asociar a América con la Ínsula Sumida, renombrada luego como Ínsula Nueva, un lugar dispuesto por la maga Clota que tiene un protagonismo indiscutible en los libros IV y V, y donde, como remedo del

¹²De acuerdo con los datos aportados por Cáseda (2022: 45), la hermandad entre Pedro y Francisco se corrobora con un documento conservado en la Real Chancillería de Valladolid (ES.47186.ARCHV//PL CIVILES, FERNANDO ALONSO (F), CAJA 1391, 3), relacionado con el pleito que nuestro Francisco tuvo en su nombre, y en el de su hermano ausente, con el convento de san Pedro de Lirios de Logroño, relacionado con la dote que debían entregar por el ingreso de su hermana monja.

¹³«Deduzco que mantuvo negocios en América, probablemente a través de su hermano corregidor en Perú, Pedro de Enciso, según se desprende de un pleito en grado de apelación que instó y que se conserva en el Archivo General de Indias: “Emplazamiento y compulsoria, a pedimento de Francisco de Enciso Zárate, vecino de la ciudad de Logroño, que se presenta en grado de apelación de cierto autor dado contra él por los Oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla y a favor de Sancho de Oliván, vecino de Bilbao” » (Cáseda 2022: 47).

¹⁴«Qué cosa a manera de sueños es oír dezir y claramente ver las cosas que en las partes del mar océano en las variables Indias de cada día pasan, donde tan poco cuantía de christianos españoles se sostienen y pelean con tan innumerables exércitos de indios, que oírlo causa [...] admiración» (Enciso 2009: 5).

Arco de los Leales Amadores y la prueba de la Cámara Defendida de la Ínsula Firme amadisiána, el héroe revalida públicamente su condición extraordinaria en las armas y en el amor. No deja de llamar la atención, aunque pueda ser hilar muy delgado, el hecho de que las acciones armonizadoras del héroe en la temible isla tengan como resultado una transformación radical, pues esta pierde sus rasgos de *locus horridus* y se convierte en un auténtico lugar paradisíaco, la imagen preponderante que tenía el Nuevo Mundo en las primeras crónicas de Indias. De hecho, en la carta profética que la Dueña del Fondo Valle le hace llegar a través de los enanos que guían su barco encantado la sabia le anuncia que la recordara cuando encuentre *escritas las letras en el nuevo mundo* (IV, 9, fol. 225r). En efecto, Florambel comienza a entender lo que su protectora le había pronosticado, porque «le parecía que debía ser aquella provincia donde estava otro nuevo mundo, porque él bien tenía memoria de cómo se fundiera la ínsula y en cómo se sumiera debaxo de tierra» (I, 19, fol. 239). Me parece significativo el uso del apelativo de ‘nuevo mundo’ para ese nuevo territorio que el caballero obtendrá gracias a su valor excepcional. También es sugerente el hecho de que ese nuevo mundo sea una ínsula (el lugar de la utopía) y que ese territorio forme parte un grupo sucesivo de islas por las que se desplaza el héroe en el libro IV, pues la existencia de América contamina a los libros de caballerías con el aumento de aventuras marítimas, la ampliación del espacio oceánico y una presencia cada vez mayor de espacios insulares (Guerra Félix/Plancarte Martínez 2011). En todo caso, no pueden perderse de vista los vínculos entre el imaginario caballeresco y la conquista de las Indias y que detrás de esta se revela todo un imaginario literario que, así mismo, le dio una mano a los conquistadores en el proceso de asimilación y descripción de ese nuevo continente que se presentaba ante sus ojos como una tierra de prodigios y de riquezas extraordinarias. No obstante, las influencias de *Amadís de Gaula* y los suyos en el proceso americano son más notorias que las referencias al Nuevo Mundo en los libros que llenaron los días y las noches de Alonso Quijano, en los que se destaca un silencio que llama la atención (Mérida Jiménez 2007). Ciertamente, aunque los descubrimientos geográficos ampliaron los horizontes de la época, en los libros de caballerías hay escasísimos pasajes que podrían interpretarse como alusión a América¹⁵. Como han planteado Guerra y Plancarte (2011: 98), el silencio se debería, por una parte, a que la pretensión de historicidad del género caballeresco, referido a un pasado remoto, no le permitiría hacer referencia al nuevo continente y, por otra, a que su imagen del mundo estaba anclada al concepto de *orbis terrarum* de la antigüedad clásica, que aceptaba solo la existencia de tres grandes bloques de tierra, Europa, Asia y África¹⁶. Pese a esto, junto a la que me parece que en el *Florambel* se puede interpretar como guiño de Enciso al nuevo continente (poetizado por supuesto), en el género se contabilizan en el catálogo de probables referencias al mundo reciente descubierto el fragmento de las *Sergas de Esplandián* en que el narrador apunta que «a la diestra mano de las Indias, hubo una isla llamada California, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue

¹⁵ En ese sentido, Martín García (2016: 350) ha planteado que el nuevo continente quedó «al margen de las gestas de los caballeros literarios». Sin embargo, a propósito del *Claribalte*, ha señalado que la presencia del Nuevo Mundo en el texto de Fernández de Oviedo se manifiesta en la abundancia de los viajes marítimos de su protagonista.

¹⁶ Esa sería la causa por la que «la presencia de América será visible solamente mediante la transgresión de ciertas convenciones propias del romance caballeresco» (García Félix/Plancarte Martínez 2011: 98). Mérida Jiménez (2007: s.p.), por su parte, considera que los libros de caballerías de las primeras tres décadas del siglo XVI se mantuvieron al margen de este acontecimiento histórico por varias razones: «en primer lugar, porque la verdadera trascendencia histórica de la empresa americana no fue advertida hasta bastantes años después del primer viaje de Colón y, en segundo lugar, porque la propia tradición literaria de la que parten la mayoría de estas novelas, ligada a la herencia artúrica y troyana, como se aprecia fácilmente en no pocos títulos, impedía ese realismo historicista que algunos investigadores pretenden».

poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese, que casi como las Amazonas era su estilo de vivir» (Rodríguez de Montalvo 2003: 727)—que Sales Dasí ha considerado como un «conocimiento directo de las noticias de la empresa colombina» (1998: 151)¹⁷—, la rápida referencia a las costas americanas en el *Belianís de Grecia* de Jerónimo Fernández y la mención clarísima de Damasio de Frías, quien al parecer estuvo en América, en su *Lidamarte de Armenia*:

Tales y tan espesas aruoleadas me acuerdo auer yo uisto en los primeros años de mi hedad en una ysla de las del Nuevo Mundo, donde andar en pie ver solo çielo hera ymposible, ni vnos a otros hombres, auierendose acaso desuado, pudieran uerse ni hallarse en muchos meses y años; y casi semejantes a estos caualleros nos hallamos en ella alguna hora, muchos trauajados espanoles, arrojados y con tormenta (Cozad 1975: 745).

Más sugerente es la referencia al Nuevo Mundo en un libro particularmente interesado en asuntos geográficos como es el *Mexiano de la Esperanza* (Martínez Muñoz 2017), libro de caballerías conservado manuscrito escrito por el padre Miguel Daza hacia 1583, que atestigua el episodio del descubrimiento del nuevo continente y el cambio que éste trajo consigo en la imagen del mundo conocido. La mención, además, refleja un giro claro hacia el uso de un entramado geográfico real que ha ido gestando a medida que el género fue evolucionado y que se nota en libros como el *Felixmarte de Hircania* (Aguilar Perdomo 2005) o el *Clarián de Landanís* (Roubaud 1997):

—Esta cuarta parte del mundo aún no está descubierta ni se descubrirá asta año de 1492 que la descubrirá, según dixo la Rubia Mora, un hombre llamado Cristóbal Colón, criado que será de un beatísimo rey d'esta nuestra España llamado Fernando. Y aun dixo que siendo rey de Aragón se havia de casar con una santa reina de Castilla que se llamará Isabel, y que entonces se juntarían los reinos.

Miraron muy bien la probincia y vieron que aún era mayor y más rica qu'el Assia y que tenía mayores y más estendidas provincias. El sitio que tiene respecto de las otras tres era que por todas partes la divide el mar, de tal forma qu'el agua y mar Océano se muebe circularmente por entre todas; porque començando en septentrion, como quiere Alberto Magno, descendiendo por el mar escítico y por la parte oriental del Asia, donde es la tierra del Maluco. Y de allí, siguiendo el movimiento del cielo, m[u]évese para ozidente y, estorbando su movimiento toda la tierra de las Indias, buelbe torciendo su curso hacia el setemptrión. Y pasa por las tierras setentrionales entre la Europa y las Indias occidentales y, así, por este camino continuamente, sin cesar, anda circungirando. Y según las tierras que riega así toma nombre distinto; aunque el mar, como dijimos, es uno mismo por continuación (Daza 2019: 317).

No solo la aventura en la Ínsula Nueva remite a la conciencia que el escritor riojano tenía de su tiempo, también otros episodios reflejan algunos acontecimientos históricos del periodo imperial. Como ya había ocurrido en los libros de caballerías del periodo fernandino, publicados entre 1508 y 1514, que proyectan la ideología mesiánica de los Reyes Católicos y que reflejan,

¹⁷ También Avalle-Arce defiende esta posibilidad: «Como todos los españoles de su época Montalvo vivía un entusiasmo diario y suspensivo ante las noticias de fantásticos descubrimientos y conquistas. [...] Sea como sea, en la obra del novelista Montalvo ya he estudiado dos sólidos testimonios del magnético interés que tenían para él los territorios recientemente explorados. [...] He demostrado que la Ínsula Firme y la isla de California en *Las sergas de Esplandián*, obedecen a la misma orientación indiana» (1990: 212).

así sea de manera distorsionada, un contexto histórico «que se filtra por todas las aventuras impregnando su sentido con la ideología política de sus autores y de las clases dominantes» (Marín Pina 2011a: 88), también los publicados en tiempos de Carlos V se inspiraron en los sucesos de su época. Como han estudiado Marín Pina (2011a y 2011b), Cuesta Torre (1996 y 2002) Guijarro Ceballos (2002) o, más recientemente, Izquierdo Andreu (2021) y Córdoba Perozo (2022), los libros de caballerías están relacionados con la ideología, los problemas políticos y los acontecimientos y preocupaciones de su tiempo, pues se trata de un género muy sensible a diversos aspectos de la realidad renacentista (Cátedra 2007: 14). En ese sentido, el *Florambel de Lucea*, como con anterioridad se testimonia en *Lepolemo* (Bognolo 1995), *Tristán el Joven* (Cuesta 1996, Campos García Rojas 2002), *Floriseo* (Guijarro Ceballos 1999), *Don Florindo* (Río Nogueras 1989) o *Clarián de Landanís* (Guijarro Ceballos 2002), alude a ciertos episodios sucedidos durante la primera década del gobierno de Carlos V y revela a Enciso como un férreo partidario de la figura del emperador —así se corrobora, ciertamente, en su *Diálogo de verdades*—. Es claro que en los libros de caballerías de ese periodo algunos hechos son transferidos a un universo ficcional en el que las aventuras de sus protagonistas tienen ecos y similitudes con los del emperador o los de los nobles que participaron en las guerras del Mediterráneo, la batalla de Pavía, el saco de Roma, la conquista de las Indias o la revuelta de las Comunidades —en la que sobresalió el mecenas de Enciso, Pedro Álvarez Osorio, en la batalla de Tordesillas de 1520—, a los que se refiere nuestro autor en el prólogo de la *Primera parte*.

No puede perderse de vista que las preocupaciones fernandinas y el espíritu mesiánico fueron recogidos por el joven Carlos V, quien se erige como un paladín unificador de la cristiandad que lucha contra los musulmanes del norte de África y como baluarte en la defensa de las amenazas del imperio otomano con sus avances en Europa oriental, fabuladas en el *Florambel* en el libro III y anunciadas nuevamente al final del V, con la invasión del reino de Hungría. Es evidente que el libro de Enciso es una expresión de una ideología monárquica y que su protagonista es un caballero cristiano, defensor de la religión y de la fe católica, así como un caballero que lucha contra el infiel; sin embargo, su perfil de cruzado está matizado y no se trata de un Esplandián como el delineado por Montalvo, quien proyectó en el hijo de Amadís la figura de Fernando el Católico, en la medida en que nuestro héroe está más próximo al caballero andante enamorado de ascendencia artúrica, amadisiana y palmeriniana¹⁸ y, por tanto, su trayectoria caballeresca está jalonada principalmente por el amor. Si algunos cronistas de la época hicieron esfuerzos por acomodar la figura del emperador como un héroe antiguo y paradigma de la caballería, que cumple en su biografía con los puntos de la vida heroica establecido por los folcloristas (Río Nogueras 2000), no causa extrañeza entonces que un caballero literario proyecte la imagen de Carlos V, porque, como plantea Río Nogueras, su figura y aspiraciones alimentaban a los autores de la ficción caballeresca.

Con respecto al *Florambel de Lucea*, los ecos históricos se notan ya en el libro I, cuando las tropas escocesas, comandas por don Lidiarte, medio hermano de nuestro héroe, vencen en una batalla marítima a las naves capitaneadas por los franceses y los capturan, episodio en el que resuena la guerra italiana que tuvo lugar entre 1521 y 1526 y la propia captura del rey francés Francisco I, derrotado en la batalla de Pavía en febrero de 1525. De igual manera, las

¹⁸ Ya Marín Pina (2011b: 125) ha anotado con respecto a Palmerín y Primaleón, protagonistas de las dos primeras partes de la saga palmeriniana, «Literariamente el autor de estos dos libros sigue el paradigma del *Amadís de Gaula* y por ellos Palmerín y Primaleón, sin dejar de ser religiosos, se acercan más al tipo de caballero andante de las primeras novelas artúricas, con gestas individuales y pocas colectivas, antes que al caballero cristiano neocruzado recreado por las *Sergas de Esplandián*».

preocupaciones de la época por el control del Mediterráneo, asechado por el imperio otomano y las tropas de Selim I y luego de su hijo, Solimán el magnífico y por corsarios berberiscos, se perciben también en el primero de los enfrentamientos entre armadas de caballeros cristianos y paganos que se relata en el capítulo 33 del libro I. El combate enfrenta a los Caballeros de las Flores de Plata y las tropas paganas lideradas por Abeniutaçen, quien, después de ser vencido y capturado, revela que pertenece a las huestes del príncipe Guerrerín, hijo del soldán Bracilán de Niquea, que está haciendo la guerra por mar y tierra al rey de Hungría. La resonancia del avance del imperio otomano, representada en el soldán Bracilán de Niquea —un reino situado en Asia Menor surgido después de la división del imperio romano de Oriente hacia 1222¹⁹—, sobre Europa oriental y su ocupación de Hungría, en efecto, se siente con fuerza en el relato y es un episodio central que ocupa casi toda la segunda mitad del libro II (cap. 23–40). La invasión pagana termina con la paz que se ve obligado a pactar Guerrerín, luego de la derrota propinada por el ejército cristiano, brillante y valientemente conducido por el Caballero de la Flor Bermeja. Pero la lectura de *Florambel* como proyección de Carlos V es insinuada ya con antelación por la Dueña del Fondo Valle, cuando de camino a Rocafarro, el castillo en Niquea donde el héroe ha crecido encerrado por el sabio pagano Adriacón, les informa a los Caballeros de las Flores de Plata que su misión es darle fin a «una aventura que será principio del bien universal que a la cristiandad ha de venir» (Enciso 2009: 142). La aventura consiste, nada más y nada menos, que en liberar a quien será el «bien universal», es decir, a Florambel. Más adelante, será la otra maga protectora del héroe, Morgana, quien, como hiciera Pedro Mexía a propósito de Carlos V (Río Nogueras 2000: 63), anuncie la grandeza de su linaje y pronostique su coronación como emperador de Alemania:

Vos digo porque vos alegréis que podéis estar seguro que sois fijo de uno de los buenos cavalleros que ay en el mundo y descendéis de muy alta y clara sangre, porque de todas partes venís de los nobles y buenos reyes que ay en el mundo; y por justo título vos viene de derecho un rico y fermoso reino [...] Mas porque no sería lícito que vós dexássedes de fazer los grandes socorros que por el mundo faréis, permitirá nuestro Señor que ande essa vuestra persona en tantos peligros que ya por muchas veces tendréis la vida por perdida. Mas al fin Él tendrá cuidado de vos guardar para que le sirváis, dándovos el mayor estado que nunca hombre de vuestro linaje alcançó (Enciso 2009: 306).

En efecto, Morgana vaticina a Florambel que será el paladín de Occidente y que recibirá como recompensa a sus trabajos el mayor estado que nunca alcançó, es decir, el imperio de Alemania, un giro que, en mi opinión, está inspirado en la figura de Carlos V. Algo similar ocurre en el *Lepolemo* de Alonso de Salazar, publicado en 1521, cuyo protagonista se convierte en capitán de la cristiandad y libera así al imperio de Alemania, en un gesto similar al propuesto por Enciso (Bognolo 1995, Bognolo/Río Nogueras 2016). Sin embargo, antes de su coronación como emperador de Alemania, trono al que accede por sus hazañas y virtudes, al final de la *Segunda parte* el héroe acomete una serie de aventuras en el mar —aunque el narrador no lo nombre, probablemente se trata del Mediterráneo—, entre ellas varias que recuerdan la lucha de España contra la piratería otomana. En efecto, el Caballero Lamentable libera a sus amigos el príncipe Corineo de Inglaterra y Plataneo de Flandes de unos corsarios que los han apresado

¹⁹ Niquea había aparecido previamente en el *Primaléon* (Marín Pina 2018), libro que Enciso debía conocer como continuador de la saga.

a traición con la intención de cobrar por su rescate al rey de Inglaterra. Se trata por supuesto de una de las manifestaciones de la violencia marítima ejercida entre otros por los berberiscos en la lucha por el control del Mediterráneo y, por tanto, un reflejo de la preocupación de la monarquía por el avance del imperio otomano en Europa. En el mismo sentido, puede entenderse otro de los pasajes del libro IV en el que Florambel socorre de manera providencial al rey de Sicilia de un ataque alevé de reyes provenientes del norte de África. Así se lo informa al héroe un escudero recién desembarca en la isla:

Pues oídme, que yo vos la quiero contar. Sabed, buen señor, que el rey de Chipre y el rey de Túnez y el rey de Bugía, con el duque de Albania y otros muchos reyes y grandes señores paganos, assí de la berbería como de otras partes, juntaron muy grandes gentes y sin ninguna causa ni razón con muy gruesas flotas passaron en esta miserable isla y començaron a fazer en ella tantas crueldades y males que no sé cómo Dios los quiere cufrir. Y el rey de Secilia, como le tomaron desapercibido, juntó la más gente que pudo para defender su tierra; mas como los paganos son tantos, y ay entre ellos tan bravos cavalleros, fizieron tanto daño que su gente que sin se lo poder resistir le han ganado la mayor parte de su reino y así le tenían puesto en muy grande estrecho fasta de tres días a esta parte que arribó una muy buena armada de Nápoles que viene por le socorrer, en la cual viene mucha y buena gente, assí del Rey de Nápoles como de otros grandes señores de la Romanía (IV, 24, fol. 248v).

Parece claro entonces que Enciso se está inspirando en varios episodios de la realidad contemporánea, como las guerras entre cristianos y turcos, que muchas veces utilizaron el norte de África como plataforma para sus ataques al territorio europeo. Durante el siglo XVI, Sicilia fue, de hecho, un baluarte militar indispensable en la guerra contra el turco debido a su posición estratégica en el Mediterráneo. De nuevo, el triunfo de Florambel sobre las huestes cristianas en Sicilia se proyectan sobre la figura de Carlos V²⁰. En ese sentido, desde el punto de vista ideológico, no puede olvidarse que el libro se publica en uno de los momentos más esplendorosos del periodo carlista y que Enciso, consecuentemente y como se evidencia en otros libros de caballerías, exalta la figura de un Carlos V como monarca universal, tanto como su obra revela sus intereses imperiales.

La «gracia que Florambel tenía en el tañer y cantar»

De igual manera, otras facetas de la vida cortesana revelan las contaminaciones entre ficción y realidad, como la de los torneos o los festejos, bien estudiadas para otros libros de caballerías. El panorama del libro de Enciso, en este aspecto, no difiere de otros representantes del género.

²⁰ No planteo, sin embargo, que el *Florambel de Lucea* sea un *roman à clef*, como ocurre con *Mexiano de la Esperanza* o *Claridoro de España*. En el primero el padre Daza esconde varias personalidades contemporáneas a la escritura de libro detrás personajes literarios: Juan Alonso Pimentel Herrera y Enríquez de Velasco es el correlato histórico de Briasledo Pimentario y Gastoncrio recrea la figura del II duque de Medinaceli, Gastón de la Cerda; también otros personajes históricos, como el IV duque de Infantado, aparecen de manera cifrada (Martínez Muñoz 2018 y 2019: XXXV-XLV). Por su parte, en el libro anónimo *Claridoro de España* los personajes de Claridoro y Clera serían trasunto de Felipe II e Isabel de Valois, y los príncipes de Éboli, Ruy Gómez de Silva y Ana de Mendoza, de Lidonio de Sicilia e Isabela de Nápoles (Vilches Fernández 2017: 156). De igual manera, Jerónimo de Contreras hace un juego similar con la figura del duque de Alcalá, Per Afán de Ribera en *Polismán de Nápoles*.

Torneos lúdicos para celebrar las bodas de Florineo y Beladina o para la coronación de Florambel como emperador de Alemania son un buen ejemplo de los festejos cortesanos de la época que se replican en las páginas de la caballería literaria. Hay, además, otros aspectos que reflejan la importancia de la cortesía y de las formas de comportamiento de las élites señoriales que se calcan en el género caballeresco. Numerosos gestos del estilo de la vida nobiliaria se reproducen en las páginas del *Florambel de Lucea*, y dan buena cuenta, por ejemplo, de la liberalidad, la ostentación y el lujo que caracterizó a los grandes señores. Inmerso en las pautas culturales de su época, el libro del escritor riojano recrea aspectos propios de la ideología caballeresca y de la mentalidad renacentista. En efecto, los comportamientos de los protagonistas, damas y caballeros, se aproximan al ideal cortesano (Río Nogueras 1993). Florambel, además de ser un guerrero extraordinario, está dotado de todo el capital cultural que debe acompañar a un cortesano. En efecto, el héroe es un modelo del saber estar en la corte propuesto por Castiglione, que se revela públicamente «en su forma de andar, comer, hablar o mirar, basada en los valores del “servicio” y la “discreción”» (Cruz 2009). En ese aspecto, el héroe sobresale por su *curialitas*, sus modos galantes, su mesura en asuntos amorosos²¹ y por otras habilidades como el conocimiento de diversas lenguas, porque «el santo Cipriano le enseñara todas maneras de letras y también a fablar y entender todas las lenguas» (IV, 20, fol. 241r). De igual manera, el héroe brilla por la «gracia» que tiene en «el tañer y cantar» y por el «alto estilo que le acompañaba en el trovar» (Enciso 2009: 331). Nuestro caballero sobresale también en otra de las habilidades que debía acompañar a todo buen cortesano: la danza. Así lo demuestra en los festejos por la boda de sus padres, pues cuando baila con su hermana Clarinea, lo hace con «tanta gracia y concierto, que todos dezían que eran la flor de fermosura y gracia y que no avía otros dos en todo el mundo que tan bien pareciesen» (V, 6, fol. 286v). No podía ser de otra manera, pues Florambel además de ser de una apostura física asombrosa, era el caballero más «bastecido de gracia». Su saber estar cortesano se complementa, a su vez, con su liberalidad, una manifestación social propia de la aristocracia y una virtud inherente a la condición de reyes y nobles. Así, luego de ser coronado emperador de Alemania, el héroe otorga bienes y tierras para recompensar los servicios recibidos y acuerda «pagar a cada uno como mejor pudo». A su sabia amiga la Dueña del Fondo del Valle, que rechaza todos los bienes, joyas y tierras que quiso darle, la recompensa ordenando «que en todo el imperio la obedeciessen y honrassen como a su misma persona»; a Ricandia y Liscor de Noruega les entrega tanta tierra, «que el infante hera uno de los mayores señores del imperio». Al esforzado Brabonel de Rocafarro, además de otorgarle un ducado, «le fizo gran condestable y capitán de todo el imperio». Y a Solercia, la doncella española, y Lelicio, su leal escudero, les reparte mucha tierra después de acordar su matrimonio y, además, a él lo arma caballero y lo nombra su camarero mayor, y a Solercia «lo mismo de la emperatriz». De esta manera, «el emperador lo fazía tan bien con todos, que muy pagados estavan d’él y también de la emperatriz. Y d’esta manera nunca faltavan en la corte muchas fiestas y alegrías» (V, 45, fol. 352v). El gesto no sólo recuerda los regalos habituales en la práctica cortesana, también —si se acepta la proyección de Carlos V en la figura de Florambel—, remite a decisiones similares tomadas por el emperador en relación, por ejemplo, con las políticas matrimoniales, o el gobierno de sus posesiones; así se recrea también en el libro del riojano con la cesión de la administración

²¹ Así lo reconoce Ricandia cuando los protagonistas van a encontrarse por primera vez a solas en el aposento contiguo a la recámara de Graselinda, quien está tan hermosa que su doncella Ricandia «que la mirava estava espantada y díxole riendo: —Cuanto que yo, fermosa señora, si cavallero fuesse viéndome assí a solas con vos no sé lo que faría, aunque cuido de Florambel que, según es de mesurado, no osará llegar a vos» (V, 21, fol. 314r).

de la Ínsula de las Cinco Torres y la Ínsula Nueva a don Lidiarte del Fondo Valle. En todo caso, el comportamiento del protagonista revela, asimismo, su sabiduría en el arte del buen gobierno. De hecho, las preocupaciones por una posible reacción negativa por parte de sus nuevos súbditos en Alemania pronto se disipan pues, una vez pasados los festejos por su coronación, Florambel y Graselinda «començaron a entender en la governación y pacificación del imperio con tanto seso, y concierto y gracia que en poco tiempo fueron tan amados y temidos de todos sus vasallos, que no se fartavan de dar gracias a Dios que tales señores les diera, porque fazían administrar muy rectamente justicia y a los pobres mandavan dar muchas limosnas y averes, de guisa que todos, assí grandes como pequeños, rogavan a Dios por ellos» (V, 45, fol. 350v).

De igual manera, es claro que los libros de caballerías «asumieron la cortesía como ideal de conducta; [...] un código de comportamiento social basado en una elegancia y sofisticación, solo al alcance de la clase superior que vive en la corte» (Martín Romero 2021: 61). En efecto, la vida de la corte, sus ritos y su ostentación se testimonian en el *Florambel de Lucea*, como en otros libros del género (Bognolo 2021, Cacho Blecua 2021). Un ejemplo mínimo, de los numerosos que se encuentran en el libro, como muestra del esplendor que caracteriza a la nobleza de la época y que Enciso conocía tan bien por estar al servicio del marqués de Astorga, se manifiesta luego del matrimonio público de los padres del protagonista, cuando el narrador exalta «la riqueza que sobre sus ropas llevaban [Florineo y Beladina], y las estrañas invenciones que aquel día se vistieran» (V, 6, fol. 286r). En el mismo camino se encuentra el uso de la indumentaria y de las joyas, como una muestra simbólica del estatus y también de la magnificencia, un concepto de raigambre aristotélica, fundamental en la mentalidad nobiliaria de la temprana Edad Moderna que se entendió a la vez como una virtud moral y una expresión de buen gusto (Roick 2020). Ciertamente, durante el siglo XVI se desarrollan en el marco de nuevos modelos culturales de exhibición pública y del aparato cortesano, las élites señoriales usaron las joyas como objetos parlantes tanto en el ámbito público como en la esfera privada. No es extraño que la caballería literaria se haya contaminado de dichas prácticas y que damas y caballeros las hayan usado ya sea para manifestar su pertenencia a lo más alto del estamento social, para una declaración de amor o para regalar (Aguilar Perdomo 2022a). Tampoco es inusual que sus usos y los gestos asociados a estos objetos, particularmente el de regalar como muestra de liberalidad y magnificencia, menos en el libro de Enciso, pues su autor tenía a la mano el ejemplo del comportamiento cortesano, magnífico y generoso, de su señor. En efecto, López de Haro apuntaba que el IV marqués de Astorga, Pedro Álvarez Osorio, quien formó parte del séquito del príncipe Felipe en su viaje por Italia, Flandes y Alemania en 1548, sobresalía por su condición generosa, expresada en los regalos que entregó en todas las jornadas que emprendió «dexando a todos, o a los más dellos, colgaduras, plata y joyas» (1622: 290-291). Las joyas se regalan también en el ámbito más íntimo, el del amor, como se plasma en la figura de la princesa Niquea, quien regala un anillo «para los desmayos del corazón» para manifestar su amor por don Lidiarte del Fondo Valle, quien luego de ponérselo en el dedo del corazón, como muestra de reciprocidad, declara: «Aí andaréis vos fasta que yo muera» (Enciso 2009: 137). Finalmente, como complemento de su extraordinaria belleza y muestra del lugar que ocupa en la corte, cuando la princesa Graselinda participa del recibimiento preparado al recién reconocido Florambel de Lucea, se prepara para dar a conocer su estado a través de su indumentaria, pues estaba «tan fermosa y ricamente guarnida, que más le parecía a él criatura divina que humana, porque venía vestida de una ropa de seda blanca toda sembrada de muy ricas piedras y bordada de unos lazos de horo muy bien fechos y sobre sus fermosos cabellos traía la rica guirnalda que

vos diximos, y hera tan grande el resplandor que de las piedras preciosas salía que no parecía sino que diez antorchas encendidas venían ante ella» (V, 21, fol. 314r). Así, el *Florambel* da testimonio del enriquecimiento y refinamiento de la cultura material que envuelve a los personajes de la caballería literaria de la temprana Edad Moderna.

Los aparatos del amor

El final del libro tercero dejaba al pobre de Florambel postrado y penitente de amor debido a la respuesta ruda de su amada Graselinda. Lejos está ya el héroe de ser un burlador y de afirmar que los que «aman fazen gran locura». Ahora, por el contrario, Florambel se ha convertido en uno más de los que «desordenadamente aman» y, en consecuencia, sufre a lo largo de todo el libro IV por el desprecio de su señora hasta que, finalmente reconocido como el hijo perdido de Florineo, rey de Escocia, logre obtener el amor de la princesa y satisfacer sus mortales deseos por ella. En efecto, si el libro IV es el de la pena de amor, en el que está presente todo el tiempo la desolación por el desprecio de la infanta de Inglaterra y el desasosiego por el desconocimiento del linaje, el siguiente libro relata la felicidad de la pasión correspondida, pues, superadas las barreras, el héroe disfrutará plenamente del amor de la princesa; incluso gozará de su cuerpo, una vez accede a los aposentos de la doncella disfrazado de mujer gracias a las buenas labores de Ricandia y al ingenio de Lelicio, su escudero. Así, el libro explora distintos estadios del amor y diversas facetas del enamoramiento, en particular la del asociado al sufrimiento, y sus consecuencias.

No pasa desapercibida la preocupación de Enciso por las actuaciones de damas y caballeros como consecuencia de los efectos del amor, cuyo surgimiento, inesperado y vehemente, obliga a romper los códigos de comportamiento, particularmente los que rigen a las doncellas. Ya en la *Primera parte* había explorado las consecuencias de un amor apasionado y sin recato, como el de Cardenia, la doncella que seduce abiertamente a Florineo, padre del héroe, y le entrega su cuerpo sin que preceda ningún proceso de amores, como una muestra de libertad con la que, con frecuencia, se retratan las relaciones sentimentales y eróticas en los libros de caballerías. De manera no muy distinta se comporta Beladina, la madre del héroe, quien toma la iniciativa y le propone matrimonio a Florineo; ante su negativa, la doncella lo conduce al Castillo del Deporte, un lugar de jardines tan deliciosos que «le semejaba estar en el paraíso terrenal» (Enciso 2009: 56), con la intención de doblegar la voluntad férrea del caballero. Allí, rodeado de todo tipo de placeres, los olfativos, los visuales y los auditivos, que contribuyen a que las emociones afloren en el jardín, Florineo se enamora de la bella princesa de Irlanda. Así, la de Beladina es una actuación similar a la Cardenia, aunque en este caso se disminuye el peso moral de su comportamiento por la correspondencia amorosa de Florineo y el casamiento secreto. También obligada por un amor que el narrador califica como «desordenado», la dueña Feliciano, esposa de Darestes, quien se ha «encendido» de amor al ver la belleza y gracia de Florambel, conspira contra su marido, liberando al héroe de la cruel prisión en la que Darestes lo ha encerrado a traición. La dueña se olvida entonces de las obligaciones con el caballero y libera al héroe, convencida de que éste le corresponde y de que podrá satisfacer sus «mortales deseos». Se trata, en realidad de una estratagema de Lelicio, su escudero, quien ha convencido a su señor de que la única forma de salir de la cruel prisión en la que los mantiene Darestes es utilizando a su favor los sentimientos de la dama. Nada hay que reprochar entonces a las acciones ni la fidelidad